

## Noticias

Jorge despertó con el corazón en la garganta, con esa palpitación angustiante con la que se solía despertar en épocas de doble vida y culpa.

Hacia un tiempo que estaba débil y flaco (todo indicaba que su delgadez era consecuencia de algo más que de su conocida depresión) esa mañana tuvo que sentarse a respirar profundo para no perder el control de su ritmo cardíaco, cargaba con una fatiga ajena para tener tan solo cuarenta y un años. Luego de haber terminado de abrochar el último botón de su camisa, Jorge sintió que el vértigo era más fuerte que de costumbre por lo que se recostó obligadamente sobre las “cobijas” enredadas buscando un minuto de reposo.

Cerró sus ojos y puños intentando soportar el miedo que sentía, estaba mal, hacia dos meses que se había venido abajo, no sabía si por causa de sus tormentos mentales o simplemente porque su cuerpo estaba siendo consumido vaya a saber porque mal.

Esa mañana decidió no fumar, no tomar café y no hablar con nadie que no sea su médico.

-Jorge?

-Si (respondió con dificultad)

-No venís a desayunar?

-No, no, prefiero tomar un café en el trabajo si no te molesta.

Su mujer que parecía no estar al tanto del estado de su marido, gritó desde la cocina: Hasta luego! terminando su ausencia con el mismo portazo desafinado de todos los días.

Jorge seguía respirando profundo, en un estado nauseabundo, en un estado de fatiga incontrolable que solo le permitía ver su vida interior.

Continuaba con los ojos cerrados en busca de bienestar, buscando algún recuerdo que lo salvara de ese estado deplorable por el que estaba siendo atravesado.

Entre sus recuerdos habían muchísimas imágenes que hasta el momento creía desconocer; habían sonrisas de niñas muy lindas que lo saludaban desde los patios amplios de su viejo barrio, platillos, serpentinatas, chorros de agua, habían laberintos de piernas, ruedas de bicicletas que giraban rápidamente, habían gatos, perros, mujeres que hablaban en las esquinas con bolsas llenas de verduras.

De a poco parecía alejarse la tormenta, aquellos recortes de infancia lo ayudaban a mantener su corazón más tranquilo, más amable y menos excitado.

En sus recuerdos también habían perfumes, los aromas a colonia que se comenzaban a oler al principio de la primavera en el barrio sur y que le traían la tibieza del sol en su piel, había olor a pecho materno, olor a las hojas del mamboretà que alimentaban las decenas de gusanos de seda que vivían en el altillo en idénticas cajas perforadas de cartón gris.

Sus párpados temblaron y en esa imagen sintió el calor de una lágrima que lo atravesaba en diagonal llegando a formar un “charquito” en su oído derecho.

Todo su interior tembló, en ese momento sentía el derrumbe de sus propios huesos y la angustia de saber que no era momento de arrepentirse de nada, sino de continuar viviendo.

Se sentó en la cama con las únicas fuerzas que le quedaban y colocándose las medias pensó en la cantidad de tiempo que hacía que no saltaba en los charcos empapándose de felicidad.

Miró por la ventana y sorprendido vio como un nubarrón espeso venía en dirección hacia él, eso solo podía ser un presagio de felicidad pensó emocionado, sin lugar a dudas ese era un momento que

estaba cargado de significados y perderlo sería una injusticia.

Jorge salió a la calle mirando al cielo como quien espera un milagro, se puso aquellos viejos y queridos zapatos por los que tanto discutió con Susana.

Su mujer decía que esos zapatos estaban llenos de agujeros y que no era de buena reputación ponérselos para ir a dar clases.

-A Susana no le gustan ni mis zapatos, ni mis ojos, ni nuestros hijos, ni nada!

Me da mucha lastima esa mujer! Susana, a la que tanto amé, era la voz de la consciencia personificada, era la moral con tetas, un orificio por donde solo salían hijos y reproches.

No me queda ni un escueto recuerdo de aquellas tardes de verano donde nos amábamos calurosamente, tengo la sensación que me perdía en sus cabellos oscuros y borracho de amor entre sus pupilas creía que me amaba, creía quererla para toda la vida.

La lluvia comenzó a caer a las tres cuerdas de caminata, Jorge estaba casi sin oxígeno pero eso no le impidió imaginar el placer de pisar los futuros charcos, fue así que se dirigió hacia la calle más rota y esperó sentado en el escalón de un pasillo profundo que parecía no tener fin.

A su costado volaban en ronda unas hojas de periódico y en seguida y sin pensar en lo que estaba haciendo atrapó entre sus huesudas manos un barco de papel.

Jorge se permitió vivir ese momento de estremecedora felicidad de pie, en un estado de gratitud divino que lo dignificaba, que le daba un sentido de verdadera existencia, que lo hacía un ser humano auténtico, una persona sin nombre ni apellido.

La corriente no demoró en desfilarse por el cordón de la vereda con la fluidez de un río en tempestad, entonces Jorge lanzó el barco por la pendiente y se echó a llorar de alegría. dejando concienzudamente penetrar la humedad del piso por los agujeros de sus amables zapatos.

El sismo interno continuaba como continuaban los miedos y esa inocente realidad de estar vivo y el deseo de continuar navegando.

Jorge comenzó a descender de aquel puerto recién inaugurado, intentando jugar carrera con el triángulo de noticias desconocidas, sus piernas le jugaban la mala pasada de estar torpes y débiles, entonces vio como el barco se perdía en la espuma amarillada de la esquina entre las bolsas plásticas de todo el barrio.

Se detuvo a respirar contra un muro durante algunos minutos intentando recobrar el aliento, se sentía mal y bien (como cuando uno hace algo que le gusta y no mide las consecuencias) con la satisfacción y el miedo de un niño que llega a casa con los pies empapados después de “chapotear” en los charcos. Jorge se sintió solo, su madre no estaría en casa para rezongarlo y secarle los pies, Susana trabajaba (y aunque estuviera en casa hablaría del mal tiempo y de la inconsciencia de usar unos zapatos que hace tiempo deberían haber sido tirados a la basura) Isabel estaría mostrando su sonrisa de perlas a cualquier moribundo como yo, en aquel burdel lleno de espejos y fragancias que durante largos años fue mi único y más preciado refugio.

-Ay Isabel! tus manos “charlatanas” que todavía arrancan voces en mi piel me dejaron indefenso y tan poca cosa, si pudieras verme correrías vestida por los callejones laberínticos de tu alma y nunca más mostrarías tu sonrisa a los marineros fornidos de billetes.

Las obligaciones y el temor comenzaron a tomar protagonismo en la mente de Jorge, veía las risas de sus alumnos multiplicarse en un infinito caleidoscopio de bocas burlonas, el ceño fruncido de Susana arrugándose con cada orden y un inmenso espacio vacío.

Todos se pechaban debajo de sus paraguas por el paso zigzag (de quien esquiva charcos), los transeúntes miraban el piso como buscando petróleo, sin levantar un segundo sus ojos del suelo, los

taxis ocupados pasaban a la velocidad de un cometa a los costados de los ómnibus lerdos repletos de obreros despeinados.

Jorge se dirigió hacia la casa de su amigo y doctor Viera, el taxista que lo llevó no paró de hablar de lo bueno que era la lluvia para su negocio porque le daba mas viajes y eso le permitía pagar las cuentas y llegar a fin de mes mas tranquilo, como Jorge se prometió no hablar con nadie que no fuese su médico, solo movió la cabeza respondiendo con una tímida afirmación al monologo del conductor. Pagó y bajó del auto con una intensa taquicardia que no lo dejaba distinguir un billete de otro, no podía dejar de pensar en su enfermedad, en los resultados de los exámenes, en la cara que pondría Viera al nombrar el breve tiempo que le quedaría de vida.

Luego de algunos timbrazos mudos, “repiqueteó” sus nudillos en la puerta despintada del consultorio, Viera salió recibéndolo con un abrazo de despedida, Jorge entendió todo y preguntó si podía pasar, la sala de espera estaba llena de gente afiebrada que estornudaba por turno, los pacientes que estaban sentados en el living lo miraron con sorpresa (como quien mira a un cadáver tibio tendido sobre la escena del crimen).

Viera pidió disculpas a los presentes excusándose por esta llegada inesperada, dijo que en algunos instantes la consulta seguiría funcionando normalmente pero que necesitaba unos minutos, todos aprobaron la noticia detrás de sus pañuelos, la sala quedó en silencio hasta sentir el portazo del consultorio volviendo a formar un coro de toses.

Una vez sentados, Jorge mencionó la palabra muerte, Viera dijo que podrían intentar algunas alternativas (esquivando esa palabra a la que tanto temían) hablaron de tratamientos, de medicamentos y de hacer todo lo que estuviese al alcance.

Viera no dio un diagnostico medico, apenas pudo sostener su voz quebrada detrás de su guardapolvo, antes de todo Jorge era su amigo y habían términos que no debería mencionarle (al menos no por el momento) debería cambiar de laboratorio, probar con otra fuente de información, estar cien por ciento seguro..

No podía afirmar tal tragedia sin corroborar una vez mas los resultados clínicos, no solo Jorge corría peligro, esto era algo que Viera debía hablar con franqueza sin caer en blandas emociones ni en sentimentalismos baratos.

Otro nuevo taxi (pero sin taxista verborragico) esta vez era un taxista mudo con aspecto indiferente, Jorge disfrutaba del silencio y de la soledad del asiento trasero del coche, creía haber comprendido claramente de que se trataba su enfermedad, mismo si Viera solo hablaba de soluciones sin llamar el problema por su nombre.

Jorge llegó a su casa, y en la mesa lo esperaba un diminuto cartel que decía que Susana estaba haciendo compras para la cena, los niños estaban detrás de la televisión, hacia un tiempo que no los miraba a la cara por miedo a delatar con sus ojos enfermos el futuro huérfano que les esperaba  
-Buenas noches!

Vio dos manos que lo saludaban desde el sillón y cuatro ojos compenetrados en vaya saber que imagen, los chicos parecían fuera de la realidad, boquiabiertos concentrados en las luces intermitentes de la pantalla.

El mundo de la televisión encerraba una esperanza para Jorge, si sus hijos permanecieran así de dormidos ante su desaparición, todo seria mas fácil, Susana no debería explicarles de que ni como murió, ellos estarían con la mente entretenida, ocupada en realidades menos dolorosas.

En la ducha Jorge tomó consciencia del riesgo que corría, confirmó el grado de peligro con una simple ojeada a su esqueleto, tenia la piel con algunas heridas, había perdido peso con sus últimas y

prolongadas diarreas y esa insistente afta en la boca se había convertido en una parte mas de su cuerpo ( casi tan importante como su propia nariz).

Él sabia que esa enfermedad podría haberla evitado, pero en algunos momentos la consciencia no parece reaccionar de forma lucida ni en el momento preciso, lamentablemente la vida no es un simple esquema organizado que puede corregirse en cualquier momento.

Sabia que debía hacer una llamada, tenia claro que su enfermedad no empezaba y terminaba en él, sino que él era una pequeña parte de un inmenso circuito de situaciones inconscientes que se reproducen en silencio.

Esa noche se sentaron a la mesa, Susana se burló de la flacura de Jorge como lo había hecho desde que se habían conocido (solo que en esos momentos esos comentarios eran dolorosos y cargados de una estúpida ceguera) Jorge tragaba tenedores de odio y masticaba bronca con la mirada perdida en el cuadrillé del mantel.

Sus hijos se hablaban entre ellos resistiéndose a comer el plato de comida que su madre les había preparado en un acto rutinario y vulgar desconociendo la trágica realidad por la que todos estaban atravesados.

La risa de su mujer era su llanto, afuera la lluvia no cesaba de empapar pobres sin techos y animales abandonados, los tejados parecían sedientos insatisfechos.

Mientras los platos bailaban en las manos enjabonadas de Susana, Jorge hacia grandes esfuerzos para ocultar su debilidad tras la mirada tranquila de un hombre que mira a su mujer lavar la loza, a sus oídos llegaban viejos suspiros de mujer, gemidos de placer que salían de la boca mas linda que había besado, Isabel, Isabel estaba cada vez mas presente en él, despedazándolo, amándolo, haciéndolo polvo.

Mientras sus hijos dormían entrelazados en un abrazo luchador, Jorge y Susana veían llover a través del vidrio empañado sin decirse palabra alguna, Susana lo abrazó con fuerza, con un profundo temor de perderlo para siempre.

Con ese abrazo, ella le dijo tantas cosas! Jorge comprendió que se trataba de una triste despedida, él colocó sus manos sobre la oscura cabellera de Susana, acariciando las ondas de su melena con sus dedos amarillentos.

El abrazo duró algunos segundos, Jorge estaba triste por Susana, por Isabel y por todos los amantes que por allí pasaron cometiendo la misma torpeza de querer ser felices, Jorge estaba triste por él.

Susana se fue desvistiendo lentamente por el pasillo rumbo al baño dejando migas con forma de polleras y corpiños, Jorge se quedó observando la sensualidad de esa imagen que perdía foco en el final del corredor.

No pudo ir detrás de ella, no pudo acariciar su vientre estriado de embarazos, ni sus pechos con la apariencia de siempre estar lactantes, ni sus muslos claros ni toda su silueta redondeada de mujer. Jorge no quiso ir detrás de su esposa, por temor a lastimarla, por temor a continuar agregándole eslabones a la cadena infinita de amantes moribundos.

Tomó el teléfono y sin pensarlo discô mecánicamente unalista de números que recordaba de memoria, ese simple acto le había regalado durante largos años un placer sublime, ahora al discarlo sentía temor y vergüenza (como un asesino arrepentido).

Una voz húmeda y cálida respondió del otro lado del teléfono, dijo un Hola sin obtener respuesta, repitió unas tres veces mas el saludo sin perder el color rosa del comienzo, la temperatura de su voz no parecía descender a pesar de la falta de respuesta.

Del otro lado del tubo Jorge repasaba con su memoria el contorno de Isabel, sentía en las yemas de

sus dedos la suavidad de su piel tersa, la cresposidad alegre de su pubis, el largo de sus pestañas y su incendiario paladar.

Jorge consiguió pedir una cita con Isabel (quizás la última de su vida) las respiraciones de los dos lados se hicieron calambres, el encuentro sería a las dos de la tarde en el mismo cuarto, con aquellas lamparas agotadas debajo de la cabecera junto a la ventana que daba a la avenida.

Jorge cortó y se quedó con la repetida taquicardia de siempre, cerró los ojos e intentó pensar en algún recuerdo que le bajara el acelerado ritmo, allí estaba la imagen de Isabel, desnuda y sonriente mostrándole su pubis que supo ser su paraíso y su infierno.

Luego vino la imagen de aquel barco de papel que se perdió en la tempestad en cuestión de segundos.